

que ellas estaban ; pero cuando llegó á la puerta, se apoderó de él un aturdimiento tan grande, que, por más esfuerzos que hizo, no pudo avanzar ni retroceder. Una hora permaneció en este estado, y en su turbación no hacía más que llamar á su señora. Esta que ignoraba lo ocurrido á su criado, le dijo que entrase ; pero viendo que tardaba, salió á su encuentro, y ¡ oh espectáculo ! el infeliz, lleno de desesperación, se habia clavado el cuchillo, y yacia anegado en sangre. A los gritos dados por la señora acudieron algunos agentes de policia. El criado aún no habia muerto, y pudo declarar el crimen que se proponia cometer. Este suceso fué motivo de que se alabase al Señor, que, por medio de este milagro, habia salvado á la madre y á la hija.

Paladio habia hecho preceder estos edificantes relatos de algunos piadosos consejos dados á Juan Mosch y á Sofronio al principio de su conversación. « Hijos míos, les decia, el tiempo es corto : combatamos con ánimo para merecer los bienes eternos. Considerad como combatieron y alcanzaron la victoria esos atletas celestiales, que llamamos mártires. Sus trabajos han pasado ; pero su corona brillará eternamente. No podemos menos de llenarnos de admiración, cuando reflexionamos sobre los horribles suplicios que sufrieron. ¡ Cuanta paciencia en medio de tan horribles tormentos ! A unos sacaban los ojos : á otros cortaban las manos ó los pies ; á estos aserraban los huesos : á aquellos consumian con el fuego ; á unos ahogaban sumergiéndolos en el agua, y á otros entregaban á las fieras. ¿ Quién podrá expresar la multitud y crueldad de suplicios que inventaba el demonio, envidioso de sus virtudes, para saciar su malicia ? Sin embargo, ¡ con que fe tan viva, con que constancia tan generosa se elevaron aquellos heroes sobre la debilidad humana ! Pero tantos y tan grandes trabajos los consideraban como nada en com-

paración de las recompensas que esperaban en la eternidad. »

Combatamos, pues, á su ejemplo ; suframos con paciencia los trabajos de esta vida, y venzamos con los auxilios del Señor. De este modo le demostraremos que le amamos verdaderamente. No estamos solos en el combate ; Dios nos asiste en él, nos ayuda con su gracia, triunfa en nosotros, y nos sostiene y fortalece con sus poderosos auxilios. »

« Aprovechemos el tiempo empleándolo en buenas obras : vigilemos sobre nosotros mismos en el reposo y el silencio de nuestra soledad : ejercitémonos en prácticas de mortificación y penitencia : seamos templos santos, en que habite el Señor por su gracia y amor, y animémonos á todas estas cosas con la consideración de la brevedad de esta vida y de las recompensas que nos están prometidas para la eternidad. »

« Observemos todos los pensamientos y movimientos de nuestro corazón : despojémonos de todas las afecciones al mundo y á todo cuanto encierra. Sigamos el consejo del Apóstol que nos recomienda soportar con paciencia la tribulación á fin de merecer la corona de la gloria <sup>1</sup>. Por último, para desprender mejor nuestros corazones de las comodidades de esta vida y animarnos á practicar la pobreza voluntaria y la penitencia, acordémonos de que Jesucristo no tenia en donde dejar caer su cabeza <sup>2</sup>. »

Hablando, en fin, de los herejes, les decia : « Creedme, hijos míos : sólomente el amor propio, que es enteramente opuesto al amor de Dios, es el que ha introducido los cismas y las herejías, y ha levantado el estandarte de la rebelión contra la Iglesia. »

<sup>1</sup> Rom. v.

<sup>2</sup> Math. viii.

Juán Mosch y Sofronio vieron también en Alejandría á tres personajes ilustres, que no eran, propiamente hablando, solitarios; pero practicaban sus virtudes, y como ellos llevaban una vida muy austera. Eran estos Teodoro el Filósofo, Zoilo lector y Cosme el Escolástico. Todos los bienes del primero consistían en un saco y algunos libros. Llevaba desnudos los pies, y aunque tenía la vista muy debilitada, leía asiduamente las santas Escrituras, de modo que las sabía de memoria. Al fin de sus días quiso gozar de los beneficios de la vida religiosa, y se retiró al monasterio de Salcimo, en donde murió santamente.

Zoilo el Lector practicaba la pobreza evangélica con tanta perfección como Teodoro, y era tan humilde y mortificado como éste. Vivía con mucho recogimiento, privado de todos los consuelos de la vida, y no satisfaciendo sus sentidos en cosa alguna. Jamás se le vió reír, ni dejarse llevar de la más pequeña disipación. Sufrió el frío y el calor con invencible paciencia, y trataba su cuerpo con tanta dureza, que parecía no participar de la debilidad humana. Como en esta vida ascética practicaba tan perfectamente las virtudes religiosas, tenía el espíritu y el corazón de un religioso, y quería que su cuerpo esperase el día de la resurrección en un monasterio. Por esta razón fué enterrado en el del abad Paladio, después de consumir santamente una vida llena de merecimientos.

Cosme fué religioso en el estado secular, pues estaba adornado de todas las virtudes religiosas. Era humilde, benéfico, mortificado, casto, afable, dulce y sociable. Amaba á los pobres, prestándoles todos los servicios que estaban á su alcance, pero era tan pobre, que hasta carecía de muebles. Todas sus riquezas consistían en una biblioteca muy considerable, y tal vez la mejor que había en Alejandría, la cual más servía á los que la necesitaban que á él mismo, pues prestaba sus libros para que repor-

tasen utilidad á los demás. Su erudición era muy profunda, y le mereció el título de Escolástico; pero no se servía de ella más que para regular sus costumbres y para el bien espiritual de los demás. Tenía un celo muy ardiente por la conversión de los judíos, para los que escribió algunas obras, y á algunos de los cuales dirigió cartas por mediación de Juan Mosch. Su casa estaba siempre abierta á todos los que querían ir á instruirse. Treinta años hacía que llevaba este género de vida, cuando Juan Mosch tuvo la dicha de conocerle.

El mismo autor habla de otro solitario, llamado Teodoro ó Teodulo, que vió también en Alejandría, y que recibió el hábito de religioso en su monasterio de san Teodoro, de donde pasó á Egipto. Teodoro le habló de un solitario romano, llamado Cristóbal, que, siendo jóven, conoció en su primer monasterio, y el cual, después de reiteradas instancias, le contó su vida, que es por cierto muy edificante.

Cristóbal hizo su profesión religiosa con vehementísimo deseo de cumplir perfectamente sus deberes. Era muy fervoroso tanto en la oración como en la salmodia. Además de cantar en coro las horas canónicas, bajaba de noche á la caverna en la que san Teodosio y otros padres habían tenido costumbre de orar. Como para ir á ella había necesidad de bajar dieciocho gradas, se detenía en cada una de éstas, y hacía una adoración. Después hacía cien genuflexiones, y esperaba hasta que se hacía la señal de Maitines.

Hacia once años que observaba esta santa práctica, ejercitándose al mismo tiempo en el ayuno, en la renuncia de los placeres de los sentidos, en el desprendimiento de todas las cosas, sobre todo de su propia voluntad y en el trabajo manual, cuando al bajar una noche, tuvo de pronto una visión, en la que le pareció que la caverna estaba llena

de cirios, y vió al mismo tiempo á dos hombres vestidos con hábitos blancos y capas, que los encendian. Preguntóles porque habian puesto estos cirios que impedían la entrada de los religiosos, y le respondieron que eran los cirios de los Padres. Preguntóles nuevamente Cristóbal porque ardian unos, y otros nó. — Esto depende, le contestaron, de su buena ó mala voluntad. — Pues entónces hacedme la caridad de decirme si arde el mio. — Orad y lo encenderemos. — ¡ Ay ! les dijo, hasta ahora no he hecho otra cosa. — Inmediatamente desapareció la visión, y entrando en reflexiones consigo mismo, se dijo : Cristóbal, es preciso trabajar, pues hasta el presente no lo has hecho. A la mañana siguiente salió del monasterio, encaminándose al monte Sinai, y no llevando consigo más que su hábito. En este desierto pasó cincuenta años, y al cabo de este tiempo oyó una voz que le dijo : Cristóbal, vuelve á tu primer monasterio, en que en otro tiempo combatiste muy bién, y concluirás tu vida en compañía de tus padres. Teodoro, que referia todo esto á Juan Mosch, añadió que poco tiempo despues de habérselo comunicado Cristóbal, pasó su alma á reposar en el seno del Señor.

Dijo también Teodoro de Cristóbal, que queriendo hacerle conocer con cuán grande cuidado debe conservarse el recogimiento, principalmente en la oración, le refirió que, habiendo ido á Jerusalem con objeto de adorar la cruz del Salvador, encontró, al salir de la Iglesia, á un religioso parado en el umbral de la puerta. Al mismo tiempo vió dos cuervos que revoloteaban á su alrededor, y le impedían entrar. Comprendió que estos animales eran espíritus malignos, y dijo al religioso : ¿ Porque estais parado aquí, y no entráis en la iglesia ? — Perdonadme. Padre mio, contestó el religioso : no sé lo que debo hacer. Por una parte quisiera entrar á adorar la santa Cruz ; pero por otra pienso hacer ántes una cosa precisa ; y despues

volveré : por eso estoy detenido y sin resolverme. Cristóbal entónces le tomó de la mano, y le introdujo en la iglesia. Al punto desaparecieron las cuervos, y despues de adorar ambos la santa Cruz, quedó el religioso en paz.

El mismo Teodoro refirió á Juan Mosch y á Sofronio otro rasgo histórico, que demuestra que no debemos dejarnos llevar por las apariencias de piedad que se ven algunas veces en los herejes ; pues estas señales exteriores nada deciden en favor de sus dogmas. « Hay aquí, les decia, entre las iglesias de santa Sofia y de san Fausto, un hospital para los extranjeros. El que cuida de él me pidió en una ocasión que fuese á pasar algunos dias á su lado. Hicelo así, y encontré allí á un religioso de Siria, á quien se habia dado hospitalidad, y que no tenia más que un cilicio, un manto y algunos panes. Se habia retirado á un rincón, con nadie hablaba, y pasaba el dia y la noche recitando y cantando salmos. »

« Cuando hubo llegado el domingo, me acerqué á él, y le dije : Vamos, hermano mio, á santa Sofia para asistir y participar de los divinos misterios. » Habiéndome respondido que no venia, le pregunté la causa, y me dijo que, siendo severiano, no podia comulgar en nuestra iglesia. No pude ménos de escandalizarme ; pero considerando por otra parte la pureza de su vida, me retiré llorando á mi celda, y una vez encerrado en ella, me postré en tierra en la presencia del Señor, y pasé tres dias en oración, diciendo á Jesucristo : Señor y Dios mio, que habeis descendido del cielo á la tierra, y tomado nuestra carne por un efecto de vuestro divina bondad en el seno de la santísima Virgen para obrar nuestra salvación, dadme á conocer de que lado está la verdadera fe, si es en la Iglesia que yo sigo, ó en la secta de Severo. Al dia tercero oí una voz que me dijo : Vé, Teodoro, y considera cual es la fé de este monje. A la mañana siguiente fuí al hospital, y

me puse cerca de él, esperando conocer por algún signo sensible cual era su creencia. Al cabo de una hora, y mientras yo le escuchaba atentamente cantar los salmos en su lengua, ví sobre su cabeza una columna de humo muy negro y sucio, que exhalaba malísimo olor. Comprendí que este humo representaba los caracteres de su fé desfigurada por sus errores. » Refiere Juan Mosch que Teodoro exhalaba profundos suspiros mientras le refería este hecho. ¡ Tan conmovido se hallaba y reconocido á la gracia que Dios le habia dispensado, de conocer la verdad ! ¡ Tanta era la pena que le causaba la desgracia de este solitario sumido en el error !

Hablemos ahora del abad Ménas y de Juan el Eunuco. Vivian en la aldea llamada novena, porque estaba situada á nueve millas, ó á tres leguas de Alejandría. Allí gobernaba Ménas el monasterio de Salana, y Juan vivía en una laura de la misma aldea. Nada sabemos del primero, sino que refirió á Juan Mosch algunos rargos históricos relativos al papa san León y á san Eulogio, patriarca de Alejandría, y que no se relacionan con nuestro propósito. Había también en su monasterio dos antiguos religiosos, que habian sido ántes sacerdotes de la iglesia de Constantinopla, los cuales le refirieron que Dios habia castigado con una muerte repentina á un eclesiástico que llevaba una vida escandalosa, y á quien no pudo sacar de sus extravíos el patriarca Genadio, á pesar de sus exhortaciones y castigos.

Juan el Eunuco vestía el hábito religioso hacía ochenta años, cuando le visitaron Juan Mosch y Sofronio. No podía guardar dinero, ni libros, ni vestidos ; pues aspirando sólomente á los bienes eternos, todo lo daba á los pobres. Su compasión era tan tierna, que se extendía hasta á los animales. En una ocasión pidió prestado á otro ermitaño un escudo de oro para prestarlo á su vez á un paisano que se hallaba en necesidad, y que le prometió devolvérselo al

cabo de un mes. Pero pasaron dos años sin que cumplierse su promesa, y al cabo de este tiempo le exigió el pago de la cantidad que se le habia prestado ; pero este hombre aseguró que se hallaba imposibilitado de satisfacerla. « Pues bien, le dijo Juan, yo he encontrado un medio de que paguéis vuestra deuda. — Ordenadme cuanto queráis, respondió el paisano : estoy dispuesto á todo género de sacrificios. — No quiero otra cosa, replicó Juan, sino que cuando no tengáis trabajo, vengáis aquí, y hagáis ante el Señor treinta genuflexiones : yo os daré una pieza de plata, y cuando hayáis ganado de esta manera el escudo de oro, lo pagareis. »

El pobre hombre se creyó muy dichoso con poder satisfacer de una manera tan sencilla. Cuando carecía de trabajo, se iba á la celda del solitario, para hacer las treinta genuflexiones acompañadas de algunas cortas oraciones, y Juan, al mismo tiempo que la pieza de plata, le daba de comer y algunos panes para su familia.

Resulta de este pasaje histórico que Juan no vivía en comunidad, sino en una celda como los anacoretas que abundaban en aquellas comarcas, y que guardaban para su sustento el dinero que ganaban con el trabajo manual. Es verdad que Juan Mosch dice que Juan el Eunuco vivía en una laura ; pero este escritor daba indiferentemente este nombre, así como el de monasterio, á una simple celda.

Teodoro de Pentápolis vivía en el monasterio de Calamón, situado entre un lugar llamado Mafora y la aldea décimo octava, porque estaba á dieciocho millas, ó seis leguas de Alejandría. Juan Mosch y Sofronio le preguntaron si les era lícito quebrantar la costumbre de no beber vino, cuando iban á visitar á otros religiosos, ó estos venían á visitarles, y habiéndoles respondido que no les era permitido, replicaron ; ¿ como es que lo hacían los antiguos Padres ? — Es, contestó, porque estos ilustres personajes estaban de tal

manera afianzados en la virtud, que si en alguna ocasión tenían que prescindir de la austeridad ordinaria, al punto volvían á ejercerla. Pero nosotros no nos parecemos á ellos, pues una vez que nos relajamos, aunque momentáneamente, en la abstinencia que hemos abrazado, nos es muy difícil volver á nuestra vida austera y religiosa. »

Habia también en un monasterio distante dieciocho millas de Alejandría, un anciano egipcio, que practicaba la vida solitaria con la más grande perfección. Juan Mosch y Sofronio fueron á visitarle, siendo el primero ya religioso, y el segundo secular, Rogáronle que les diese algunas reglas para realizar su designio de renunciar al mundo. El anciano alabó sus propósitos, les ofreció su celda, y les dijo que podían permanecer en ella, vivir sobriamente, vigilar sobre sí mismos, y consagrarse al silencio y á la oración, en la confianza de que, observando estos consejos, Dios ilustraría sus almas con su luz divina.

Les dió como regla fundamental que huyesen del trato con las criaturas, y que no imitasen á los religiosos vagamundos, que iban de pueblo en pueblo para satisfacer su avaricia ó ambición, y llenar sus almas de vanidad. « Huyamos, decía, hijos míos, huyamos, porque se aproxima el tiempo de la aflixión. ¡ Ay ! entónces lloraremos, y nos arrepentiremos de no haber hecho lo que ahora podemos hacer. No prodemos ménos de envanecernos cuando se nos alaba, de disgustarnos cuando se nos deprime. En el primer caso nos hincha la vanidad, y en el segundo nos agobia la tristeza, y nada bueno puede haber allí en donde dominan la tristeza ó la vanidad. »

Les advirtió también que es costumbre de los demonios hacernos caer primeramente en el pecado, y despues en la desesperación, para que nos perdamos irremisiblemente. Es preciso, pues, no escucharlos, sino levantarnos de la caída con confianza, esperando que Dios nos concederá la

gracia de devolvemos la vida del alma, para referir; como dice el Profeta, las maravillas de su misericordia<sup>1</sup>.

Este buén solitario que les daba instrucciones tan sólidas, era por otra parte tan humilde, que les decía : « Nuestros Padres, por lo mismo que eran tan ilustrados como santos, podían apacentar con su celeste doctrina numerosa grey ; pero yo soy tan miserable, que no puedo dirigir ni una sola oveja, y estoy á todas horas expuesto á las mordeduras y furor de los lobos. »

Ps. cxvii.

FIN DEL TOMO V.